

Las suelas de los zapatos

La encrucijada universitaria

Francisco Alemán Páez

CATEDRÁTICO DE DERECHO DEL TRABAJO, ULPGC.

El sistema educativo, y particularmente el universitario, transita desde hace décadas una encrucijada auto-definitoria. Pocos temas tan delicados y determinantes de una ciudadanía sana y cívica, como la educación, han sufrido tantas prospecciones ensayo-error en clave partidista y huidas hacia adelante. La venidera LOSU implementará otra hornada de reformas en el sistema universitario. Las temáticas son conocidas, por reincidentes: planes de estudio, gobernanza académica, sistemas de reclutamiento y prácticas endogámicas, etc, y sus contenidos volverán a ahondar la separación entre la bondad de la ley y su ulterior realización aplicativa. Muchos problemas universitarios tienen una trayectoria secular. Basta leer a Ortega («Misión de la Universidad», 1930) para corroborarlos y sorprendernos de su viveza y su rabiosa actualidad. Otros son empero más recientes, y, por no hablar en el vacío, destaco el cambio sistémico-digital, la excelencia real discente (muchas veces religada, incluso oculta en nube), la pronta obsolescencia de las cualificaciones frente al dinamismo del mercado de trabajo, la hiper-burocracia universitaria, o, en fin, la transmutación del profesorado en máquinas multivalentes a costa de la centralidad académica: el tándem docencia/investigación.

La crisis de la universidad no es nueva. Institucionalmente es una atalaya representativa de los cambios culturales y socioeconómicos de base, por tanto, es normal que la punta de dicho iceberg a la deriva ilustre las problematizaciones y sus asignaturas pendientes (profundización real democrática, prácticas clientelares, etc). Eso sí, tales etiologías se acrecentaron desde que dejó de tener el monopolio de la formación de nivel terciario superior. El tecno-globalismo lleva consigo la transformación de la información en mercancía, del mismo modo que el conocimiento se erige en objeto vendible y «mercantilizable». El «proceso Bolonia» no hizo más que corroborar el maridaje credencialismo/rentabilidad. Las Universidades privadas irrumpieron como setas amparadas por algunos gobiernos autonómicos, y, salvo contados ejemplos, ocupan los peores puestos en recursos, publicaciones y calidad científica. La Comunidad Madrileña es un ejemplo elocuente del «dislate credencialista», pero Canarias no queda atrás: cuatro universidades privadas y dos públicas para 2.172.944 habitantes (ISTAC, 2021). Con buen criterio, la ULPGC lleva impulsando estudios prospectivos del mapa de titulaciones, empero, la clave está en la oferta de postgrados potentes, selectivos y compactos, y en las pasarelas a ellos; lo que a su vez transita por acciones, prontas y profundas, en los planes de estudio de algunos Grados.

En todo caso, ni el credencialismo al alza, ni la «presupuestarización funcionalista» (la ratio ULL-ULPGC es sobremana descompensada) pueden seguir erosionando un problema de mucho mayor calado: la retrocesión de la universidad pública en el liderazgo cultural, educativo y humanista (adjetivo este tan nombrado como reducido a logo). La crisis de identidad universitaria tiene mal pronóstico, y a mi modesto entender ese virus es más grave que las tumefacciones sufridas hasta ahora. El atiborramiento de aceite de credencial termina desnutriendo, y descuidar el espíritu al final es un peligroso desequilibrio que desertiza la mente. De no interiorizarse ello, y mirar para otros lados, cualquier reforma (EEES, LOU, LOSU, etc) encadenará otras, dando además alas a cuatro causaciones: a los sectores críticos, para silenciarse más de lo que están; a los acrílicos, para perpetuar el «status quo»; a los inmovilistas, para sentirse fortalecidos; y a los mediocres (ya legión) para ahondar su afincamiento.

Observatorio

*Tragedia intolerable*

Jorge Dezcallar

EMBAJADOR DE ESPAÑA

Aunque al señor presidente del Gobierno debió parecerle también inoportuna cuando dos millares de migrantes tuvieron la mala ocurrencia de abalanzarse sobre la valla de Melilla, justo mientras él trataba de escapar de las malas noticias que le depara la realidad nacional rodeándose de la flor y nata de los líderes mundiales durante la cumbre de la OTAN celebrada en Madrid que ha sido un gran éxito diplomático. Así se desprende de sus desafortunadas declaraciones iniciales «trabajo bien hecho», matizadas luego cuando tuvo conocimiento de una treintena de migrantes muertos a manos de las fuerzas de seguridad marroquí. Una masacre. Gentes que habían cruzado el Sáhara en condiciones infrahumanas para agazaparse en los alrededores de la ciudad española a la espera del momento oportuno para lanzarse sobre las vallas que la protegen. El resultado ha sido una tragedia terrible, sin duda

motivada por el deseo de Marruecos de agradecer el reciente cambio de postura del señor Sánchez sobre el Sáhara mostrando diligencia en el control de la inmigración irregular y pasando de fomentarla a restringirla... con la misma tosquedad y sin que luego se le hayan pedido explicaciones.

Vaya por delante que todo país tiene el derecho y el deber de proteger sus fronteras frente a la inmigración fuera de los cauces legalmente establecidos, tanto por razones de soberanía que le permiten determinar a quiénes deja entrar o no en su territorio, como por razones de pura lógica pues no hay Estado de bienestar que pueda sobrevivir con fronteras abiertas. Sobre todo cuando esta frontera es con un país como Marruecos cuya renta per cápita es 10 veces menor y que es la antesala de otros que aún tienen menos recursos. Para hacernos una idea si nuestra renta es de 27.000 dólares, la de Marruecos

es de 3.000, la de Nigeria es de 2.000, la de Mali 850 y la de Sudán 600. La situación se complica más si consideramos que en solo 30 años la población mundial crecerá 2.000 millones de personas y de ellas 1.300 millones nacerán en África. Egipto crece un millón de habitantes por año y Nigeria pasará en 2050 de los actuales 200 millones a 400, más que EEUU hoy. En esas condiciones será muy difícil dar a esa gente las Tres T de que habla el Papa Francisco (techo, tierra y trabajo) y eso anticipa movimientos migratorios muy grandes tanto dentro de los países que experimentarán procesos galopantes de urbanización, como hacia el exterior en busca de condiciones de vida más dignas. Hoy el 60% de la población africana carece de electricidad y son también muchos los que no tienen acceso a agua potable o saneamiento. Por no hablar de sanidad, educación o transportes. Estas duras condiciones solo empeora-